




IX

VII

VI



Ponce



En la Biblia y otros textos antiguos se citan casos de personas que desaparecieron de un lugar y se encontraron en un remoto paraje. Pero, en nuestros días este fenómeno sigue produciéndose. Año Cero ha hablado con protagonistas de esta insólita experiencia en toda España y ha elaborado este reportaje que recoge todas las teorías expuestas sobre el enigma.

JAVIER SIERRA

Teletransportados
CUANDO
DESAPARECE
EL ESPACIO-
TIEMPO

«**Y** O venía de llevar a los niños al colegio y, en la curva de La Garita, vi una niebla muy espesa delante de mi coche. Fue una cosa tan imprevista que no me dió tiempo a frenar, y me metí de lleno. Ya no recuerdo nada hasta que aparecí aquí, en la Caldera de los Marteles, en la carretera que va de Telle a la cumbre... El coche estaba aparcado así, medio coche en el arcén y medio en la carretera...»

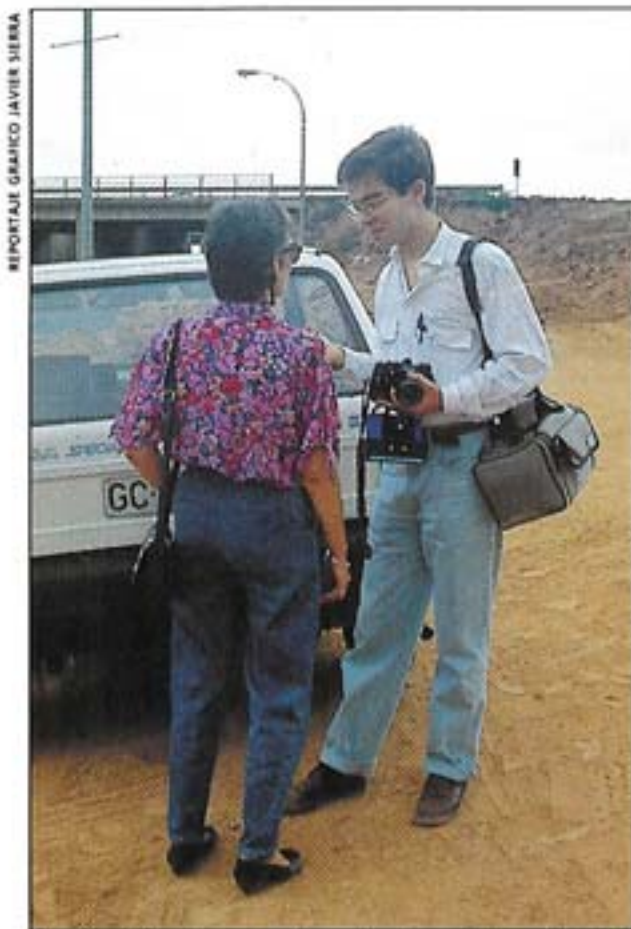
A un lado de aquella estrecha calzada, que discurre sinuosa entre dos pronunciados barrancos, aquella mujer de ojos vivos, pelo cano y recién cumplidos los 33, comienza a relataros uno de los relatos más espectaculares de teleportación de los últimos años. Su protagonista, Asunción C.S., ATS de profesión, cuyo nombre completo no quiere que se revele, vivió a mediados del pasado mes de junio una compleja secuencia de acontecimientos que superan todo lo imaginable.

Si no fuese porque hemos localizado una serie de testigos, de diferentes puntos del país, que han relatado prácticamente lo mismo con distintas palabras, estos sucesos no dudarían en ser calificados como el producto de mentes calenturientas, alejadas por completo del mínimo sentido de la realidad.

Densas nieblas

En el caso que nos ocupa, nuestra protagonista se desplaza con su Renault-5 por la autopista del Sur en Gran Canaria, saliendo de la ciudad de Las Palmas, cuando —a la altura del desvío a La Garita— decide abandonar la carretera principal para repostar combustible. En la curva se encuentra con una niebla especialmente densa, en una zona donde nunca las ha habido. De repente, siente cómo alguien golpea la ventanilla de su vehículo y le pregunta si necesita ayuda. La sorpresa hace saltar a Asunción de su asiento. Se encuentra en un lugar que a duras penas logra identificar y con su coche situado entre el arcén y la calzada. Quizá ha tenido un accidente. No recuerda.

«Otro de los detalles —nos comenta aún aturdida, a pesar del tiempo transcurrido—, es lo del depósito de gasolina. Cuando entré en la niebla, tenía menos de un cuarto de tanque:



Javier Sierra, autor de este reportaje, entrevista a Asunción C.S. muy cerca del desvío donde tuvo lugar su alucinante teleportación.

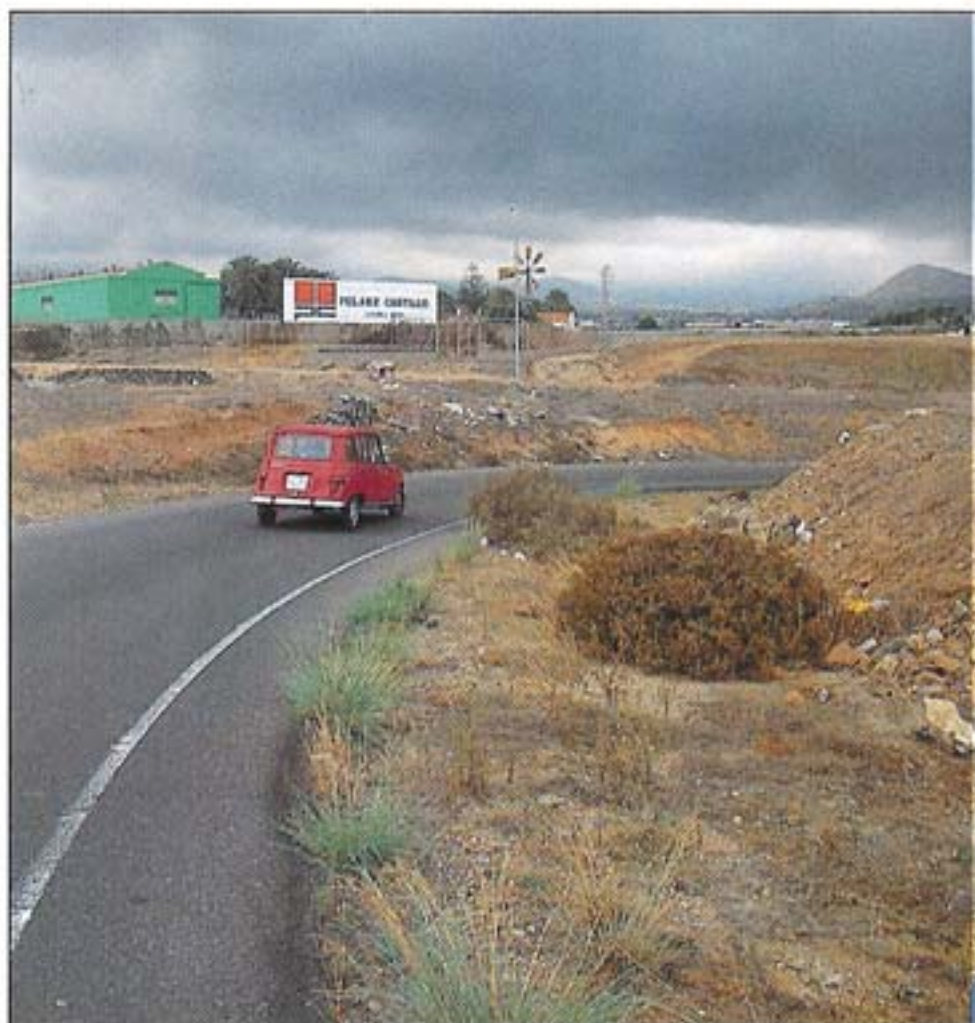
al descender de la montaña donde aparecí, temí por un momento quedarme sin combustible, ¡pero el coche tenía lleno medio depósito! Cuando llegué a casa —continúa—, intenté tranquilizarme. Después salí a recorrer las tres gasolineras que hay entre La Garita y La Caldera de los Marteles, para preguntar si se acordaban de mí, pero en ninguna supieron recordar si yo estuve allí aquella mañana... Lo que más me preocupa es que no gasté nada del dinero que llevaba en el bolso».

Un tiempo perdido

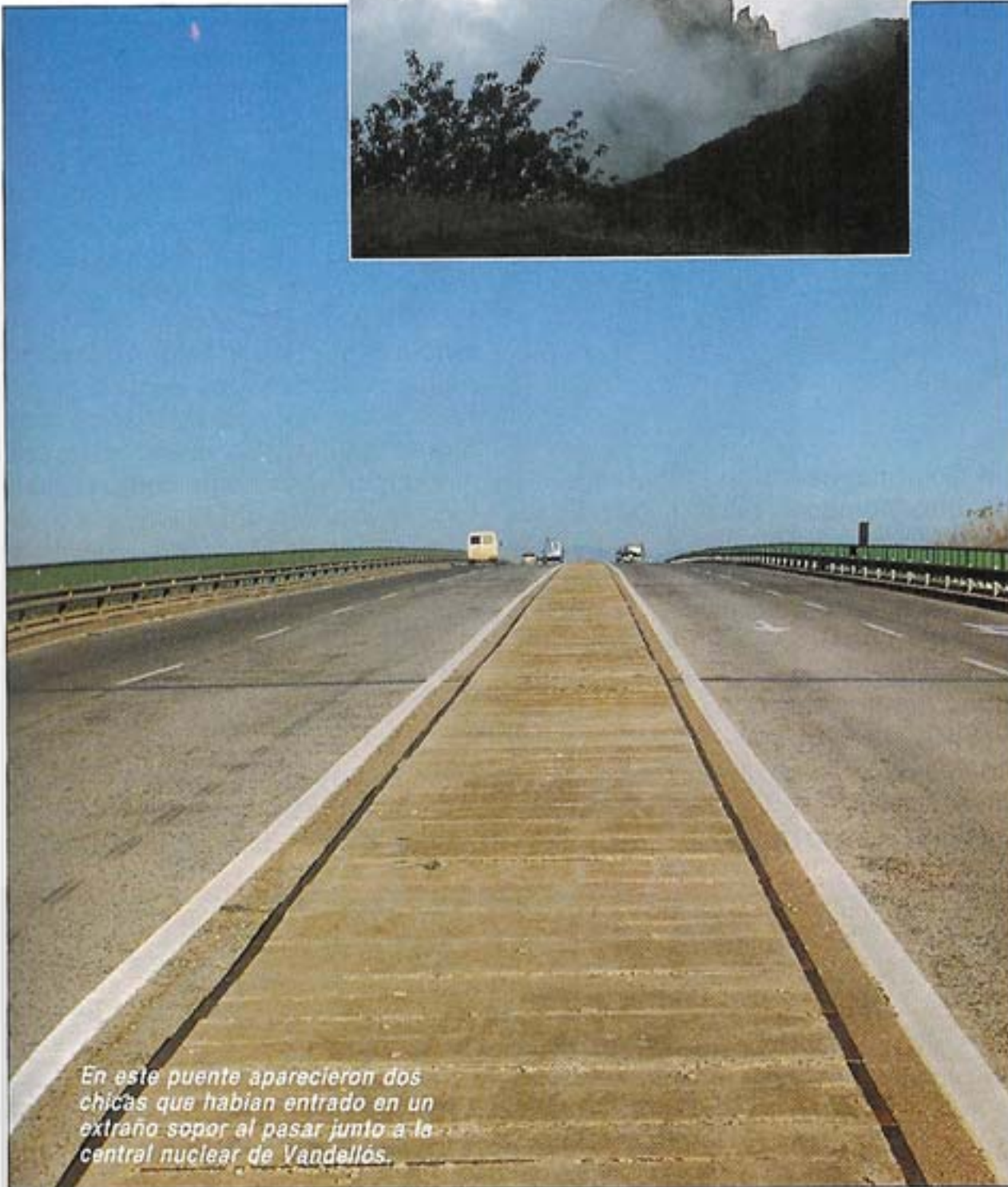
Justo cuatro meses más tarde, en la madrugada del pasado 14 de octubre, dos jóvenes vivieron una experiencia similar, mientras se desplazaban por la carretera N-340, entre Tarragona y Valencia. En determinado momento de su viaje, a la altura de la central nuclear de Vandellós, la conductora entra en un extraño sueño. Sus párpados caen y pierde el control de su vehículo. Cuando logra abrir los ojos, están saliendo de una débil neblina a la altura del kilómetro 1081 de la misma carretera, sobre el puente que cruza el río Ebro, cerca del desvío hacia Amposta. Más de treinta kilómetros que se recorrieron aparentemente en un instante. Su acompañante pareció sufrir el mismo extraño sopor, no pudieron dar fe de qué sucedió realmente.

Cuando apenas tres semanas después de los hechos, pudimos localizar a la conductora, ésta aún estaba gravemente preocupada por los acontecimientos. A Charo R. la entrevistamos en Cáceres, en el intermedio de una serie de investigaciones que nos habían llevado hasta la comarca de La Vera, detrás de otros asuntos que nada tenían que ver con las teleportaciones. A pesar de que, como en el caso de Asunción, su experiencia estaba demasiado reciente como para dar a conocer su nombre, no se opuso a re-

Una espesa «niebla» cubría esta curva el día que Asunción C.S., tras pasar por ella, apareció, inexplicablemente, a treinta kilómetros de allí.



Una espesa «niebla», como ésta, puede ser el preludio de una teleportación.



En este puente aparecieron dos chicas que habían entrado en un extraño sopor al pasar junto a la central nuclear de Vandellós.

latarnos su vivencia: «Yo no sé qué es lo que pudo pasarnos, pero lo cierto es que nadie puede conducir tantos kilómetros dormidas como estábamos. Además, esa noche llegamos a Valencia casi una hora después de lo que es habitual. Y eso que casi íbamos solas por la carretera».

¿Nieblas? ¿Lapsos de tiempo sin justificación? Sin apenas quererlo, nos habíamos tropezado con dos casos extraordinarios, muy recientes, y situados en puntos alejados de nuestra geografía. Los elementos comunes de ambas experiencias son obvios: se conduce por una carretera o autopista importante y, en un abrir y cerrar de ojos, sus protagonistas se encuentran en un punto situado a unos kilómetros por delante de su ruta, a veces en una carretera completamente distinta. La existencia de un período de tiempo perdido en el caso de Charo, era lo que nos desconcertaba por completo.

Sólo una oportuna llamada telefó-

nica de Asunción a finales de noviembre, esclarecería algunas dudas (aunque plantease otras nuevas). En aquella ocasión, la protagonista de los sucesos de La Garita, recordaba tener un espacio de tiempo entre su entrada en la niebla, y su aparición en La Caldera de los Marteles, que no podía recordar de modo alguno. Además,

De no ser por la coincidencia de los testigos, estos sucesos parecerían salidos de mentes calenturientas.

añade a su llamada un inquietante dato: «El pasado domingo, mientras me encontraba de guardia en el hospital, tuve una repentina bajada de tensión y de frecuencia cardíaca. En el desmayo, no se por qué, me ví en el desvío de la autopista, entrando en la niebla. Y recordé algo más: dentro de la niebla, un foco de luz, como esos cañones de luz de los escenarios, me iluminó el coche desde arriba... Después, mis compañeros me reanimaron en el hospital, y desperté».

Aquel rayo de luz activó todas nuestras alertas. Apenas nueve años antes, en Brasil, Jorge Souza Ramos se desplazaba en la madrugada del lunes 20 de abril de 1981 por la autopista BR-101 Norte a veinte kilómetros de Linhares. Su intención era reunirse con un cliente en el distrito de Corredor'Água para enseñarle los productos de la compañía farmacéutica para la que trabajaba. De improviso, a mitad de su breve viaje, su Volkswagen Passat se vió iluminado por un poderoso rayo de luz, que dejó al atónito Souza paralizado. Como en el caso de Asunción, lo siguiente que recuerda es encontrarse en otro lugar que no conocía, ¡cinco días después de haber salido de su casa! Una vez que Souza hubo indagado sobre dónde se encontraba, descubrió que estaba en la ciudad de Gaiania, a 980 kilómetros «a vuelo de pájaro» de Linhares. La policía le había dado por desaparecido, y sólo la llamada que Noemia Brando —esposa de Jorge Souza— recibió a la semana de su desaparición, aclaró en parte la misteriosa ausencia.

Los condenados

Pocas conclusiones firmes pueden extraerse de este tipo de relatos. Sin embargo, a juzgar por la cada vez más abundante documentación que íbamos reuniendo, parece lógico afirmar que determinados sucesos de teleportación se ajustan a zonas geográficas muy concretas. Ese es el caso de Gaiania. Al menos dos casos de teleportación, recogidos por el prestigioso investigador de lo insólito Gordon Creighton, han tenido como fin esa ciudad brasileña, muy cercana a la capital del Estado, Brasilia. El primero tuvo lugar exactamente doce años antes del episodio de Jorge de Souza, en la madrugada del 20 de abril de 1969. Esa noche, un granjero de 25 años de

edad llamado Adelino Roque, partía de la villa de Itacu par visitar a su tío, cuando —mientras cabalgaba entre las ariscas piedras de la región— un fuerte rayo de luz le «hipnotizó» (sic), dejándole inconsciente durante varias horas. Cuando Adelino se despertó, se encontraba encima de una roca, cerca del río Paranaíba, a 250 kilómetros de donde había salido. La vida de Adelino cambió radicalmente a partir de aquel suceso, sus familiares detectaron un progresivo empeoramiento de su salud física y mental, hasta que el 12 de junio de ese mismo año, Adelino falleció en el hospital de Itacu. ¿Víctima de la teleportación? Probablemente. De hecho, el investigador de origen francés, Jacques Vallée dedica su última obra, *Confrontations* a casos similares al de Adelino en el que numerosos habitantes de las zonas selváticas brasileñas han fallecido tras su encuentro con estos mortales rayos de luz.

El segundo caso se registró en 1974

En ningún reloj cambió la hora, pero pasaron en un instante de la mañana al atardecer.

en Colatina, cerca de Linhares, donde otro hombre, Onilson Patero, se trasladó en circunstancias que él no puede explicar, hasta la cima de una montaña casi inaccesible, tampoco muy lejos de Goania. Al menos, en esta ocasión, no hubo que lamentar ninguna pérdida humana.

Sin duda se trata de relatos para los anales de lo inexplicado. De sucesos que Charles Fort —pionero de los recopiladores de anomalías de todo

tipo— bautizó en 1919 como *Condenados* y que, dicho sea de paso, clasificó con la etiqueta de *teleportaciones*. Tratando así de explicar este extraño fenómeno por el cual personas y objetos se desvanecen de un lugar para aparecer después, en un punto lejano a su posición original. Si bien los relatos más sorprendentes —y de los que nos ocupamos— hacen referencia a las teleportaciones de personas, no son raros los «viajes» no justificados de objetos. Podríamos hacer referencia a múltiples ejemplos, pero ninguno tan elocuente como el que le tocó vivir a William Blatty, el conocido autor de *El exorcista*. Cuando falleció su madre, ésta fue enterrada con una valiosa medalla en su cuello; sin embargo, varios meses después del funeral, aquella joya apareció en el cuello del propio Blatty. Y, no obstante, a pesar de las decenas de casos insólitos que, similares a éste, tuvo que archivar Fort... ni el viejo Charles hubiera creído posible la aventura

TELEPORTACIONES, OVNIS Y SECRETOS MILITARES

RELACIONAR incidentes de teleportación con las apariciones de ovnis se hace, en ocasiones, imprescindible. Ese es el caso que nos ocupa. En la madrugada del 16 de julio de 1972 los señores Atilio Brunelli, catedrático de música y concertista, y Severino Porchietto, industrial jubilado, se desplazaban entre las ciudades argentinas de Balnearia y Córdoba. Su viaje se vio interrumpido cuando se vieron sorprendidos por un tremendo destello de luz blanca que iluminó la carretera como si fuese de día. Casi inmediatamente después, observaron a la izquierda de su marcha una hilera de luces rectangulares que creyeron era un tren detenido... Aquello distrajo al conductor quien, antes de darse cuenta, estaba entrando en Córdoba. Cuando comprobó el reloj, se dió cuenta que había recorrido 185

kilómetros en menos de una hora.

Al investigar «in situ» el extraordinariamente rápido viaje, se dieron cuenta que aquel convoy ferroviario que vieron muy cerca de la calzada *no podía existir*, ya que en aquel lugar en concreto, no existía vía. Además —y por si fuera poco—, comprobaron que en aquel viaje, su Ford Falcon había gastado la mitad de combustible de lo que era normal en aquel trayecto. Las circunstancias extrañas se acumularon, hasta que llegaron a la conclusión que aquel «vagón» no era tal, sino un ovni. De hecho, ocho

días antes, el subgerente de una oficina bancaria de Tucumán, observó cómo una especie de tren con grandes ventanillas verdes se estacionaba detrás de unos árboles cercanos a la carretera.

No menos extraños son los sucesos que en noviembre de 1978 vivieron los señores Manuel Adán, representante de productos médicos, y Ricardo Vázquez, farmacéutico, cuando, en el trayecto que hay entre Úbeda y Jaén pudieron observar un extraño resplandor sobre la calzada. «Lo que te puedo asegurar —nos comenta Ricardo Vázquez—

es que llegué a casa diciéndole a mi mujer que había visto un ovni... Pero hubo más. Aquel destello les sorprendió justo en la llamada «cuesta de Baeza», de donde parte un desvío a Begijar, que —en aquella época— era imposible de tomar sin realizar un brusco giro en ángulo recto. Pues bien, «de repente —continúa nuestro testigo—, aparecimos en un pueblo que no teníamos ni idea de cual era. Y eso que, tanto Manuel como yo, habíamos hecho centenares de veces esa ruta por nuestro trabajo. Así que, nos bajamos del coche, llamamos a una de las casas, y nos enteramos de que estábamos en Begijar... Dimos la vuelta, cojimos el desvío que nunca antes habíamos tomado y regresamos a casa».

Sorprendente.

En ambos sucesos hay una ineludible relación entre el ovni y la teleportación.

Ricardo Vázquez le dijo a su mujer que había visto un ovni, pero en realidad había sufrido un proceso de teleportación.





Este es el velero que, en enero de 1982, se desplazó, inauditamente, desde el Mar de los Sargazos hasta cerca de la isla de Montserrat.

que un grupo de españoles vivió el 27 de enero de 1982, en pleno océano Atlántico.

Setecientas millas en blanco

A finales de 1981, siete catalanes se embarcaban en un pequeño velero con la intención de dar la vuelta al mundo. Tras programar minuciosamente escalas en diversos países costeros, y de poner a punto la embarcación, se hicieron a la mar desde el puerto de Sitges. Cuando casi dos meses después de zarpar, los siete hombres llegaron a Cabo Verde, comenzaron las «cosas raras» (sic) del viaje. Localizar a uno de los miembros de aquella expedición, y recoger el extraño incidente en que se vieron envueltos, fue puro azar.

Hoy, nueve años después de los hechos, Jesús Jofre, director de una empresa inmobiliaria en Mataró (Barcelona), recuerda vívidamente los hechos. La fortuna nos llevó hasta él en ▶



Morris K. Jessup, al morir, se llevó a su tumba secretos militares que seguramente tendrían que ver con el fenómeno de la teleportación.

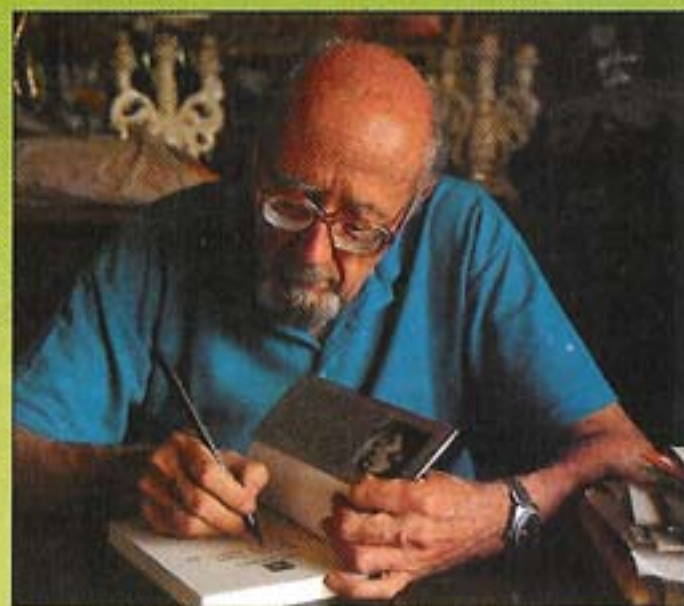
testigos de los hechos, a los que después depositarían en un lugar distinto de donde fueron capturados. Esta idea, que preocupaba bastante al también experto en estas cuestiones, Ivan Sanderson, la expuso a algunos oficiales del Pentágono norteamericano, durante una de sus habituales sesiones informativas. Al mencionar el término «teleportación», uno de aquellos oficiales se puso lívido, y exclamó: «Jamás mencionaremos ese tema». Paradójicamente, otro de los convocados señaló que «de todos modos, ya no lo llamamos teleportación, sino ITF (siglas de Transferencia Instantánea)... Señal de que algo saben.

De hecho, en círculos ufológicos, circula desde hace años el rumor de que en 1956, la Marina norteamericana recibió una copia del libro de Morris K. Jessup *The Case for the UFO*, llena de interesantes anotaciones anónimas al margen. Tras ponerse en contacto

con Jessup para realizar una edición limitada del libro con las notas de los márgenes incluídas, descubrieron que el autor había recibido tres cartas de un desconocido, Carlos Allende. En las cartas se citaba un supues-

leportación fue instantánea, y Allende lo relata en condición de testigo de los hechos. Los detalles suplementarios son varios, pero destaca el hecho de que parte de la tripulación de aquel barco sufrió efectos

El escritor Antonio Ribera ha dedicado una de sus obras al enigma del «tiempo», profundizando en el misterio de los teletransportados.



Una vinculación que ya en 1984 denunciaría Antonio Ribera en su obra *En el túnel del tiempo*. También, para algunos expertos en abducciones, como José Antonio Camapa, el enigma del tiempo perdido que encontramos en algunos de estos relatos se explicaría mediante el secuestro temporal que los tripulantes de los ovnis efectuarían a los

to experimento de la Marina de los EE.UU., en el que —mediante la utilización de la Teoría del Campo Unificado de Einstein—, los americanos habían logrado teleportar un buque de guerra de un astillero a otro. La te-

secundarios, como la pérdida de facultades mentales.

El rumor prosperó, e incluso se llegó a escribir un libro y filmar un película sobre los hechos. Ambos con el mismo título: *El experimento de Filadelfia*. ○

su domicilio barcelonés donde, amablemente, se ofreció a darnos los detalles del incidente: «Salimos de Cabo Verde, rumbo a la Martinica. Llevábamos una pequeña computadora japonesa a bordo, que realizaba instantáneamente todos los cálculos de posición del barco. Y mira por donde, un error de interpretación de la máquina, nos arrastró fuera de la influencia de la Gulf Stream (Corriente del Golfo), entrando en una zona de tormentas, donde una furiosa tempestad nos envolvió durante treinta y seis horas...» Aquella tormenta arrastró la embarcación a 1.000 millas del punto más cercano de costa, poniendo en serio peligro la supervivencia de la misma. Cuando el tiempo amainó, se encontraron en las inmediaciones del temido Mar de los Sargazos. A juzgar por el incipiente relato de Jofre, la desesperación se adueñó de la tripulación... Su mal avituallamiento, la escasez de agua potable y de combustible, y el encontrarse rodeados de espesas algas que dificultaban su avance, hacían prever el fracaso de la expedición. El barco, en medio de la repentina tranquilidad del Atlántico, permanecía poco menos que a la deriva.

Algo había cambiado

«Y, en el intervalo de todo esto —nos aclara por fin Jofre—, de pronto nos da la impresión de que la embarcación ha efectuado un giro: de manera que el Sol, que en ese momento estaba a estribor se sitúa a babor. Los que estábamos en cubierta preguntamos al timonel por qué maniobraba así, a lo que él nos aseguraba que estaba manteniendo el rumbo... Nos levantamos, y vemos que las algas que había alrededor del barco han desaparecido. Algo había cambiado. Se toman lecturas de posición de nuevo, y descubrimos que estamos a trescientas millas de la costa más próxima. Es decir, había una diferencia de 700 millas entre el punto que habíamos medido antes, y el que medimos después». Inconcebible.

Había una idea que, en el transcurso de nuestra investigación, se había convertido en una fijación: el tiempo perdido. Si en la mayoría de los sucesos de teleportación encontramos un lapso de tiempo que no se puede justificar, no sería de extrañar que precisamente en él hallásemos la clave de estos relatos. Y, antes de que le for-



Los señores Guirdham hicieron un recorrido de 20 kilómetros en coche en menos de cinco minutos, sin pasar de 50 kilómetros por hora.



Ovni fotografiado por Jesús Jofre durante el proceso de teleportación ocurrido a finales del año 1987 en el Mar de los Sargazos.

muláramos la pregunta clave a ese respecto, Jesús Jofre se adelanta a contestarnos... «Sólo una cosa más: con respecto a nuestros relojes, a ninguno de nosotros nos cambió la hora, pero —en cambio—, pareció que de la mañana al atardecer habíamos llegado en un segundo. Se hizo de noche muy pronto, por eso cuando al día siguiente desembarcamos en la isla de Montserrat, tuvimos que ajustar nuestros relojes».

Son ya varias las horas perdidas en los casos que hemos encontrado. ¿A dónde van en ese período de tiempo? Sólo un caso de teleportación, de los centenares recogidos alrededor del mundo, parece apuntar una explicación. Los hechos tuvieron lugar duran-

te la noche del 6 de julio de 1978, cuando un viejo Chrysler del señor Francisco Nuñez, de 66 años, se desplazaba con su hijo entre las localidades argentinas de Luján de Cuyo y Mendoza. De nuevo el escenario se repite, como quien busca unas condiciones idóneas para un experimento: el vehículo de los Nuñez se desplazaba por una autopista, cuando a mitad del viaje, una poderosa luz envolvió al vehículo, y éste comenzó a elevarse.

«Comenzamos a sentir un frío impresionante —declararon a los investigadores poco tiempo después de los hechos—, en tanto que la luz que nos rodeaba se tornaba más fuerte. Primero era de una tonalidad anaranjada, pero a estas alturas era totalmente blanca... lechosa, diría. Pasaron algunos minutos, no podíamos precisar el tiempo transcurrido, y apareció ante nuestros ojos una extraña ciudad, totalmente iluminada con fortísimos colores entre los que sobresalían destellos rojos y cobrizos». Los dos testigos aseguraron observar edificios y grandes avenidas completamente vacías, mientras su coche seguía flotando en el aire. Cuando perdieron de vista el formidable espectáculo, descendieron —mejor dicho, les descendieron— a unos diez kilómetros del lugar donde fueron elevados.

El suceso de los Nuñez levantó una considerable polémica, y los análisis de personalidad que el Dr. Carlos F. Wittenstein, experto argentino en Geriátrica y enfermedades cardiovasculares, realizó a los testigos, concluyeron con que ellos estaban contando algo que les había sucedido realmente.

Dudas inquietantes

En la desesperada búsqueda de una solución a este enigma, diversos autores han presentado todo tipo de reflexiones al respecto. La más incómoda de todas es la que hizo el recientemente fallecido Scott Rogo. Rogo no dudó a la hora de relacionar las desapariciones misteriosas con las teleportaciones. Este famoso parapsicólogo norteamericano contemplaba la probabilidad de que un teletransportado pudiese reaparecer en medio del océano, o en las profundidades de una selva inaccesible, pasando su anónima experiencia a formar parte de la legión de inexplicables desapariciones de todos los tiempos. Además, admi-

María Jesús de Ágreda realizó 500 «viajes» evangelizadores a América sin salir del convento.



Los fenómenos de teleportación, citados en la Biblia y en muchos tratados medievales, siguen hoy día sin tener explicación científica.



GIANNETTO COPPOLA/ALDUS BOOKS

Un soldado español, destacado en Manila en 1593, apareció misteriosamente a 15.000 kilómetros de distancia, en Ciudad de México.

volver a algunos de estos viajeros espontáneos.

Hay también una última reflexión a la que no podemos sustraernos. Resulta altamente significativo comprobar como, en la casi totalidad de relatos catalogados, las teleportaciones se producen entre zonas geográficas o países con la misma afinidad idiomática. Pongamos algunos ejemplos: en 1970 el investigador Gene Duplantier investigó un caso en el que una pareja de ancianos británicos, mientras conducía tranquilamente por una de las carreteras de Gran Bretaña, apareció de repente en el centro de Wyoming. Un conocido relato del siglo XVI, nos describe cómo un soldado español que estaba destacado en la guarnición de Manila, en Filipinas, se encontró aquel 25 de octubre de 1593 en la plaza mayor de la ciudad de México. A pesar de ser rigurosamente interrogado por un tribunal de la Santa Inquisición, jamás pudo averiguarse cómo aquel soldado franqueó 15.000 kilómetros de distancia en un abrir y cerrar de ojos.

Evangelizar a distancia

Treinta y ocho años después, la Santa Inquisición detendría a la monja María Jesús de Ágreda, quien afirmaba haber hecho más de 500 viajes al Nuevo Mundo para evangelizar a los paganos. Que se supiese, la monja jamás abandonó el convento en —al menos— los once años anteriores. Sin embargo, cuando unos misioneros llegaron hasta los indios jumaros de Nuevo México para cristianizarles, éstos ya conocían la fé católica. A Alonso de Benavides, su misionero, le confesaron que había sido una monja que coincidía con la descripción de Sor Ágreda la que les había evangelizado... Cuando la Inquisición descubrió que el cáliz que los indios utilizaban en sus celebraciones pertenecía al convento de la hermana María, ésta fue inmediatamente liberada.

Relatos modernos y antiguos como éstos hacen pensar en una relación causal entre el espacio, el idioma y la duración de las experiencias. Al menos, demostrado queda que nos enfrentamos a algo más que simples leyendas. Y que —como sostuvo el ya añorado Scott Rogo—, aún no debemos presentar nuestras teorías al respecto, sin pensar primero en el modo de comprobarlas. ○

poltergeist — señala que, al igual que sucede con las *casas encantadas*, los protagonistas de algunos relatos de teleportación son jóvenes en el conflictivo período de la pubertad, siendo ellos los causantes *psíquicos* de estas vivencias. Cerca de sus ideas se encuentra Stanislav Grof, autor del clásico estudio *Psicología Transpersonal*, donde sitúa este tipo de sucesos que rompen las barreras del espacio, dentro de lo que él denomina *fenómenos transpersonales* cercanos a la Percepción Extrasensorial (PES). Las dudas que plantean estas posturas son —si caben— mayores que las que resuelven. Lo que resulta obvio, si aceptamos esta idea, es que nos encontramos ante un fenómeno psíquico tan extraordinariamente poderoso, que es capaz de trasladar incluso barcos de un punto a otro del mar. Esa idea ya fue esbozada en 1931 por el aludido Charles Fort, cuando en su obra *Lo!* escribe: «Me parece que la teleportación existe, y que a veces son los seres humanos los que la provocan, la mayor parte de las veces de modo inconsciente».

Actividad idiomática

Fuera de toda duda está también el hecho de que la teleportación es un fenómeno puntual para la mayoría de los testigos que la viven, ya que con frecuencia, la vida de éstos suele estar llena de otro tipo de condicionantes psíquicos: telepatía, clarividencia, precognición e incluso facultades próximas a la *visión remota* parecen en-

tía la existencia de determinadas zonas geográficas especialmente proclives a esta clase de sucesos, donde los famosos *triángulos de la muerte* (entre los que estaría el polémico Triángulo de las Bermudas) ocuparían un protagonismo destacado.

Por su parte, el reconocido parapsicólogo húngaro Nando Fodor —una de las principales autoridades mundiales en el fenómeno de los



Varios testigos de teleportaciones y abducciones a ovnis, afirman haber visto extraños haces verticales de luz durante el fenómeno.